

Los últimos pensamientos del doctor Sanvisens

El día 7 de abril de este año moría el profesor Alejandro Sanvisens Marfull, catedrático y decano honorario de la facultad de Pedagogía de la Universidad de Barcelona. Durante estas semanas han ido apareciendo en la prensa artículos sobre su carácter y su obra. Yo quisiera comentar aquí únicamente las ideas que él trató conmigo durante los últimos meses de su vida.

En la base de su Pedagogía cibernética estuvo siempre presente la cuestión antropológica. Para formar al hombre, decía, hay que preocuparse de cada una de sus dimensiones existenciales.

En 1962 había pronunciado una conferencia sobre «las dimensiones del hombre», afrontando el problema desde una perspectiva de la historia de las ideas antropológicas. Treinta y dos años más tarde, en el verano del 94, no vaciló en completar el texto añadiendo una concepción pentadimensional del hombre. El hombre aparece como un ser de relación: relación con el exterior (extrínseca) y consigo mismo (intrínseca). Cada una de estas relaciones tiene dos vertientes dimensionales: una que se refiere a lo material y la otra a lo personal. Por fin, traspasando o trascendiendo lo material y lo personal, se llega a una relación transempírica o trascendente, por la cual el hombre puede relacionarse «con lo sagrado, lo espiritual, lo situado más allá, lo trascendente».

El hombre se resuelve así, según él, en cinco dimensiones relacionadas: dos extrínsecas (la física y la interpersonal), dos intrínsecas (la corporal y la psíquica), y una trascendente. Toda buena pedagogía ha de atender a cada una de estas cinco dimensiones si no quiere mutilar al hombre. Otros autores reducen, en cambio, las dimensiones del hombre.

Muy recientemente publicó un artículo para el Diccionario de Filosofía de la Educación, donde sintetizaba los problemas básicos de la información. Siempre consideró la información como una entidad polifacética a la que trató de cercar a base de conceptos afines o que se

identifican con ella en determinados contextos. La información era para él una condición para la eficacia de la acción y de las relaciones. Últimamente, al referirse a ella barajaba un conjunto de términos cada vez más restringido: contenido cognitivo-comunicativo, disponibilidad, codificación-lenguaje y orden, y consideraba, como siempre, que su función optimizante hacía referencia a un proyecto, *pattern* o fin, que algunos autores intentan eludir.

Tanto había estrechado este círculo de palabras, que podría intentarse una definición del concepto, aunque él no quiso nunca formularla explícitamente. Podríamos decir que la información es un contenido cognitivo codificado en un lenguaje (y por tanto una disposición y un orden), que permite unas relaciones que tienden a optimizar un proyecto. En el caso del hombre, el contenido cognitivo es consciente, las relaciones son las cinco mencionadas antes y el proyecto a optimizar es libre. La información hace posible las relaciones dimensionales y se adquiere gracias a ellas. La información, a nivel humano, se concreta en una cultura que se transmite y perfecciona a través de la educación. Estas ideas están en concordancia con su forma de concebir la educación y el aprendizaje como un proceso informativo-comunicativo, y por consiguiente codificativo, regulativo, optimizante y evolutivo.

El concepto dado de información atiende por una parte al significado (contenido) y a los signos (lenguaje, codificación), y permite el doble análisis cualitativo y cuantitativo que persiguen todos los interesados en esta cuestión. La comunicabilidad (transferencia en el caso de la información genética), depende de su codificación en un sistema de signos discontinuos.

El profesor Sanvisens insistía últimamente en el hecho de que un exceso de información (inútil, redundante, etc.) podía ser agobiante y perjudicial para la mente, y consideraba urgente simplificar la enseñanza, suprimir lo inútil, descargar los programas. Anhelaba, por ejemplo, la implantación internacional de un lenguaje común, como el esparanto para evitar las complejidades de un segundo idioma convencional con su carga de cultura subyacente. Esta medida, decía, debería ser promovida por los pedagogos como una de las muchas a adoptar en la lucha contra el fracaso escolar.

La optimización progresiva (desarrollo) del proyecto libre del hombre gracias a la información, depende de las cinco relaciones dimensionales suyas. Estas relaciones van estableciendo hábitos del comportamiento: unos liberalizadores (virtudes); otros esclavizantes (vicios). El Doctor Sanvisens, que consiguió desarraigar de su persona el vicio de fumar, dedicó tiempo a pensar en algún sistema realmente eficaz para educar a la juventud en la moderación y la aversión a los vicios, verdadera plaga de nuestras sociedades. Consideraba urgente también, una campaña inteligente para alejar de ellos a los que ya los han contraído.

En relación con este punto, pensaba que el hombre se ha ido acostumbrando desde tiempo inmemorial, a las emociones fuertes derivadas de los peligros de la caza, de la guerra, de la navegación, de la lucha por mantener la existencia en un mundo difícil. Ello hacía imposible el

tedio e impedía la búsqueda de experiencias de «impacto». La sociedad actual mira de evitar en lo posible toda esta violencia (y hace bien), pero con ello favorece la búsqueda de substitutos que pueden dañar la personalidad. Por eso el profesor Sanvisens concedía gran importancia al deporte y a todos aquellos aspectos culturales que involucran la emoción, la pericia y la comunicación social.

Esta búsqueda incontrolada de experiencias placenteras, es también fruto de una pérdida del sistema de valores propios del ser humano: aquellos valores que definen su proyecto libre. Ahora bien, cada vez estaba más convencido de que para fundamentar los valores se requiere una educación religiosa. Las éticas sin contenido o las éticas «asépticas» acaban en un relativismo inoperante. La ética, tan estrechamente relacionada con el problema de la adicción, encuentra en la religión el más firme (posiblemente el único) de sus fundamentos. Por eso no es casual que la época en que se ha devaluado la religión, se han devaluado también los valores y el hombre ha caído más frecuentemente en todo tipo de vicios y degradaciones.

Respecto a la siempre viva cuestión de la existencia de Dios, decía que la certeza de dicha existencia procede de una adecuada trascendencia de las relaciones dimensionales del hombre: por las relaciones físicas se llega a los argumentos de Santo Tomás; por las psíquicas, a los de San Agustín. Y aún la información contenida en los seres sin inteligencia es indicativa de un proyecto global que sobrepasa las posibilidades del mundo empírico.

El profesor Sanvisens enfocó siempre sus estudios pedagógicos teniendo presente la historia, que cultivó con esmero, y la filosofía. En este sentido se propuso últimamente realizar un estudio pedagógico del «*Llibre de les bèsties*» de Ramón Llull, para dedicarlo a la sociedad Arca de Noé, de la que formaba parte, pero Dios se lo llevó consigo sin que pudiera terminar este trabajo.

ALEJANDRO SANVISENS HERREROS

DIMENSIONES HUMANAS*

Vamos ahora a enfocar por nuestra cuenta el problema, tratando de encontrar la realidad consistencial del ser humano.

Si examinamos al hombre esencial y existencialmente —en qué consiste, cómo se da— nos aparece básicamente como un *ser de relación*. La primera relación que advertimos es la del hombre y mundo, hombre y las cosas, hombre y realidad, lo otro. Podemos llamar a esta relación *extrínseca*, puesto que se refiere a algo que no es el propio hombre, sino su entorno, su contorno, su exterioridad, su «fuera de él». La otra rela-

* Addenda de agosto de 1994 a una conferencia sobre «Las dimensiones del hombre», escrita en Tarragona, en enero de 1962.

ción que inmediatamente nos aparece es la relación del hombre consigo mismo, con su propia entidad, con lo que él es física y psíquicamente. Es una relación interna o *intrínseca* y, si queremos, «íntima».

Una y otra relación, la extrínseca y la intrínseca, tienen dos vertientes dimensionales. En el primer caso, puede referirse a las cosas, al mundo que nos rodea, al universo físico, relación que podemos llamar *física*, y puede referirse a los demás, a los otros, a las otras personas que son como nosotros y con las cuales nos relacionamos, relación que podemos llamar «personal» o quizá mejor *interpersonal*. En el segundo caso, o sea, en cuanto a la relación intrínseca, puede tratarse de una relación con el propio cuerpo, relación que llamaremos *corporal*, y puede tratarse de una relación con nuestro sentir, nuestro imaginar, nuestro recordar, nuestro pensar, o sea, con nuestra realidad psíquica, con nuestro «yo», relación propiamente íntima que podemos llamar «introspectiva» o, si queremos, en sentido más genérico, *psíquica*.

Tanto la relación extrínseca —física o personal— como la intrínseca —corporal o psíquica— pueden llevarnos a otra relación, una relación metaempírica o transempírica, por estar más allá de la simple experiencia —externa o interna—, que es una relación que podemos llamar *trascendente*. La realidad trascendente está más allá de la realidad física, de la interpersonal, de la corporal y de la psíquica. Se llega a ella, como decíamos, a través de lo físico, traspasándolo, trascendiéndolo, y a través de lo psíquico, traspasándolo, superándolo, trascendiéndolo.

El hombre, visto así, se resuelve en *cinco dimensiones* relacionantes o relacionales, que ya hemos enunciado: física, interpersonal, corporal, psíquica y trascendente. Nos relacionamos con las cosas y con el mundo en general; nos relacionamos con los otros, con el prójimo; nos relacionamos con nuestro cuerpo, con nuestros órganos; nos relacionamos con nuestros actos psíquicos y con nuestras facultades y disposiciones psíquicas; y, finalmente, nos relacionamos con lo sagrado, lo espiritual, lo situado más allá, lo trascendente. Yo soy, en cierta manera, mi cuerpo; y soy también, en cierta manera, mi yo, centro de mis actividades psíquicas; y soy con los demás, mis congéneres, mi prójimo, los otros; y soy con las demás cosas del mundo, un mundano, un ser físico, cósmico; y finalmente, soy un ser ligado al más allá, tendente al más allá, en perspectiva de más allá, relacionado con el Absoluto, con Dios.

Puesto que, con referencia al hombre, «dimensión» puede entenderse en varios sentidos, bueno será aclarar o precisar el sentido que aquí le damos. Entendemos la dimensión humana como la relación básica que el hombre tiene con respecto a algo y también, al mismo tiempo, como el modo primordial con que puede ser contemplado o considerado. Así, atendiendo a lo dicho, el hombre puede ser considerado una cosa, un ser u objeto físico; puede ser considerado un cuerpo orgánico, un organismo; puede ser considerado un yo, un centro promotor, autor, sujeto o referente de las actividades psíquicas; puede ser considerado un ser convivencial, es decir, un ser en relación con otros como él, un ser social, un ser en sociedad; y puede ser considerado un ser capaz de trascender su propia realidad física, corporal, psíquica y social. Las

actividades y productos propios del hombre pueden ser entendidos como formas, funciones, procesos y realizaciones de la *cultura*, que sería, así, la producción o consecución humana, el resultado del pensar, del sentir y del hacer del hombre.¹

La admisión de dimensiones no excluye en el hombre la realización de sí mismo, la comprobación interpersonal de su ser propio y la comprensión de sí mismo. La autorrealización, la identidad y la mismidad son perfectamente compatibles con su ser uno y diverso, con su autoposesión, su existencia como persona y también con su posibilidad trascendente.²

Hay autores que reducen el número de dimensiones o de relaciones fundamentales del hombre. Por ejemplo, Buber reduce a tres las relaciones vitales básicas. «El hombre posee, dice, de acuerdo con su carácter y con su situación, una triple relación vital».³ Y enuncia ordenadamente estas formas de relación. «Esta triple relación vital del hombre es: su relación con el mundo y las cosas, su relación con los hombres, tanto individual como pluralmente, y su relación con el misterio del ser, que penetra en aquellas otras relaciones pero que las trasciende infinitamente, misterio que el filósofo denomina lo Absoluto y el creyente Dios, pero que ni siquiera quien rechaza ambas denominaciones es capaz de eliminar realmente de su situación».⁴ Si identificamos la última relación citada con la dimensión o relación dimensional que hemos llamado *trascendente*, la triple clasificación de Buber coincide con las relaciones que hemos denominado *física*, *interpersonal* y *trascendente*. Nosotros hemos añadido la relación con nuestro cuerpo —nuestros órganos y nuestro organismo—, relación *corporal*, y la relación con nuestros actos psíquicos y nuestras facultades y disposiciones psíquicas, relación que en conjunto llamamos *psíquica*, que se refiere al yo y a sus capacidades y actividades. Creo que resulta más completa esta quintuple división, pues estimo que no puede reducirse la relación corporal a la simplemente física ni tampoco la relación psíquica a la interpersonal o social.

Así, para nosotros, de acuerdo con sus dimensiones básicas, el hom-

1. Cfr. BRONISLAU MALINOWSKI, *Una teoría científica de la cultura y otros ensayos*. Trad. A. R. Cortázar, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1948. Ver también, M. HERSKOVITS, *Estudio del hombre*. Ed. cast., Fondo de Cultura Económica, México, 1942. RIALP LINTON, *Estudio del hombre*. Trad. cast., Fondo de Cultura Económica, México, 1942. ERICH ROTHACKER, *Problemas de Antropología Cultural*. Trad. J. Rovira Armengol, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

2. Cfr. FRITZ-JOACHIM VON RINTELEN, «Existencia, Mismidad, Trascendencia», en VV.AA., *El hombre y lo humano en la cultura contemporánea*, Edic. y Publicidad SEPM, Madrid, 1961, pp. 67-87.

3. MARTÍN BUBER, *¿Qué es el hombre?* Trad. Eugenio Imaz, «Breviarios del Fondo de Cultura Económica», 10, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1949, p. 114.

4. BUBER, O., y ed. cit., pp. 114-115.

bre será un ser físico, corporal u orgánico, psíquico, social o convivencial y capaz de trascender. Está abierto al mundo, a los demás y a la trascendencia y puede vivenciar su propio cuerpo, su propio yo y sus actos íntimos. Acaso podríamos reducir sus grandes características diferenciales en dos capacidades fundamentales, a saber: la capacidad consciente, la *conciencia* personal, y la capacidad de autodeterminarse, la búsqueda de liberación, de *libertad*. La historia humana sería la constante y esforzada búsqueda de autoconocimiento, de autoconciencia y con ella de autodeterminación, de autoliberación. Para conquistar su conciencia y su autodomínio, el hombre ha necesitado utilizar adecuadamente sus dimensiones básicas, que le permiten relacionarse de una manera óptima. Con sus realizaciones, su cultura, y a través de un proceso progresivo histórico, ha tratado de optimizar su conducta, su actuación. Ello ha podido hacerlo y lo está haciendo en su largo proceso de evolución física, psíquica y moral.⁵

DR. ALEJANDRO SANVISENS MARFULL (†)
Universidad de Barcelona

5. Cfr. entre otros, NIKOLÁS BERDIAEV, *Libertad y esclavitud del hombre*, Ed. cast., 3ª ed., Buenos Aires, 1955; RUSSELL W. DAVENPORT, *La dignidad del hombre*. Trad. Alberto Luis Bixio, Edit. Raigal, Buenos Aires, 1957.